

EL VOLUMEN

El carácter de sólido del objeto escultórico lo vincula a la sensación del espacio. **El volumen es un espacio ocupado**, pero lo que perciben los ojos es un envolvimiento de dicho espacio, es decir, la forma, y a través de esta *superficie-forma* se produce la sensación de espacio ocupado (el volumen). En la forma se dan cita elementos como el color y la textura, que son los ingredientes materiales de la superficie.

La constitución del volumen se ejercita de muy distintas maneras. Hay un volumen rotundo, de núcleo cerrado, que presenta el aspecto de un cuerpo geométrico, de superficies planas o curvas. La historia de la escultura ofrece numerosos ejemplos de ambos tipos de superficie. La escultura del siglo XX desarrolla programas geométricos que han sido ya explorados en todas las culturas del pasado. La misma realidad biológica del hombre indica que su cuerpo es un juego de volúmenes sencillos, como la esfera, el cubo y el cilindro. Los dibujos egipcios, los estudios de Durero y las modernas teorías de Cézanne acreditan esta realidad. Escultores del siglo XX, como Ferrant, han obtenido excelentes resultados articulando volúmenes geométricos.

Pero la preocupación de la escultura puede extenderse a lo que hay dentro. El arte no termina en la realidad visual. Los hombres poseen una interioridad activa, y cuando se ve, a la vez se piensa. Hay un espacio interior y, por consiguiente, también un volumen y unas formas. La escultura del siglo XX tiene muy presente este **volumen interno**.

Esto lleva a fragmentar y cuartear el volumen exterior para penetrar en sus entresijos. Tal vez sea una consecuencia de la ciencia actual, que todo lo investiga. La escultura cubista y la orgánica ofrecen importantes realizaciones en esta conquista del volumen interior, como lo demuestran las obras de Pablo Gargallo y Henry Moore. Lo admirable es que no hay ruptura entre un espacio y otro, sino continuidad.

Los **volúmenes configurados con planos rígidos** están relacionados con la arquitectura. Hay esculturas que se acoplan a la forma de un pilar, o acumulan cuerpos como si tratara de un ensamblaje de perfiles, frisos y basas, en los cual puede entrecerse un modelo antropomórfico: pies (basa), tronco (pilar) y cabeza (ábaco). En la escultura prehispánica americana, esta forma arquitectónica con volúmenes planos rígidos aparece a menudo.

La contemplación del volumen y el recreo en **las superficies invitan al tacto**. La vista no es suficiente para juzgar si la forma es blanda o tersa, cualidades que nada tienen de accidental. La tersura interviene en obras que apuntan a la eternidad y la permanencia, como las del arte egipcio, con personajes arquetípicos de lozanía perenne. Pero cuando deseamos expresar la realidad humana, vemos que la base corporal del hombre -la carne- se caracteriza por su blandura. **Si lo terso aleja, lo blando aproxima**. Lo terso induce suaves caricias y lo blando incita a la presión.

"Las claves de la escultura"
Juan José Martín González
Ed. Planeta 1995